

IMPORTANCIA DEL CLIMA SOCIAL FAMILIAR EN LA ADAPTACIÓN PERSONAL Y SOCIAL DE LOS ADOLESCENTES

M^{ra} CARMEN PICHARDO MARTÍNEZ, EDUARDO FERNÁNDEZ DE HARO Y
JUAN ANTONIO AMEZCUA MEMBRILLA

Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Ciencias de la Educación.
Universidad de Granada.

Resumen

Es indiscutible que la familia constituye el primer y más importante marco de desarrollo y adaptación infantil. Este trabajo de investigación tiene el objetivo de conocer los elementos del clima social familiar que inciden directamente en el adecuado desarrollo personal y social de los hijos adolescentes. La muestra estuvo formada por 201 adolescentes de ambos sexos. Se analizaron 10 variables de clima social familiar medido a través de la *Family Environment Scale* de Moos, Moos y Trickett (1988) y 5 variables de adaptación utilizando el Cuestionario de adaptación para adolescentes de Bell (1973). Los resultados indican que los adolescentes cuyo clima familiar es percibido como elevado en cohesión, expresividad, organización, participación en actividades intelectuales e importancia atribuida a las prácticas y valores de tipo ético o religioso, así como niveles bajos en conflicto, evidencian una mayor adaptación general que sus iguales cuyas percepciones sobre la familia van en la línea inversa.

Palabras claves: Familia, padres, clima social familiar, adaptación social, adaptación personal, adolescentes.

Abstract

The family undoubtedly constitutes the first and most important framework for childhood development and adaptation. The present research work started with the objective of knowing the elements in the family social climate that directly impact on the adequate personal and social development of the adolescents in the family. The sample comprised 201 adolescents of both sexes aged between 12 and 17 years. We analysed 10 family-social climate variables measured with the *Family Environment Scale* of Moos, Moos and Trickett (1988) and 5 adaptation variables using Bell's Adaptation Questionnaire for adolescents (1973). The results indicate that the adolescents whose family climate is perceived as high in cohesion, expressiveness, organisation, participation in intellectual activities, and in the importance attributed to ethical or religious practices and values, and as low in conflict, show a greater general adaptation than do their peers with a perception of their family that tends to the opposite direction.

Key words: Family, Parents, Family social climate, Family cohesion, Family conflict, Family expressiveness, personal adaptation, social adaptations.

INTRODUCCIÓN

Muchos autores coinciden en señalar que la familia representa para el individuo un sistema de participación y exigencias; un contexto, donde se generan y expresan emociones; un medio, donde se proporcionan satisfacciones y se desempeñan funciones relacionadas con la educación y cuidado de los hijos (Fromm, Horkheimer y Parsons, 1978; Musgrove, 1983; Musitu, Román y Gracia, 1988; Suárez y Rojero, 1983; Vílchez, 1985). Resulta difícil determinar, de forma exhaustiva, las aportaciones que la familia puede realizar al desarrollo de los hijos. Sin embargo,

para Hurlock (1982) las contribuciones más comunes e importantes de ésta son dos: en primer lugar, las que están orientadas al pleno desarrollo de la personalidad infantil, y en segundo, aquellas que tienen como objetivo la adaptación del niño y adolescente a la vida social. Si bien es cierto que no todos los tipos de familias proporcionan estas contribuciones, cuando se producen el adolescente tiene grandes posibilidades de convertirse en una persona bien adaptada; al contrario, la familia también puede dar lugar a inadaptaciones personales y sociales.

En este sentido, podemos afirmar que el clima que se vive dentro de la familia influye en el desarrollo y la adaptación personal y social del niño. Este clima hace referencia a las características de la familia respecto del nivel de cohesión entre sus miembros, los modelos de comunicación y expresividad puestos en práctica, el nivel de conflicto, la planificación, organización de las actividades familiares, la distribución de tiempos de trabajo y ocio, etc.

Diferentes estudios han demostrado el papel tan importante que el clima familiar y las prácticas educativas familiares juegan en el ajuste de los adolescentes. Cuando el clima no es el adecuado debido a la existencia de conflictos, falta de cohesión o apoyo entre sus miembros se favorece que sobre los hijos tenga más fuerza la incidencia de factores ambientales estresantes produciendo problemas tanto internos como externos (Conger, Conger, Elder, Lorenz, Simons y Whitbeck, 1992; Conger, Ge, Elder, Lorenz y Simon, 1994; Harold y Conger, 1997; Ostrander, Weinfurt y Nay, 1998).

Clima familiar y adaptación personal

Dentro del ámbito de la adaptación personal, el autoconcepto y la autoestima han sido los factores más ampliamente estudiados. Si consideramos que la formación de éstos viene determinada por las experiencias del sujeto, no es de extrañar que el clima familiar se convierta en un elemento que determine, en alguna medida, la autoimagen de los diversos miembros de la familia, tal y como se ha visto reflejado en diferentes investigaciones (Anderson y Hughes, 1989; Clifford y Clark, 1995; Killen, 1993; Klein, O'Bryant y Hopkins, 1996; Leung y Leung, 1992; Ojha y Pramanick, 1995; Oliver y Paull, 1995; Shek, 1997).

Dentro de este campo de investigación, Cooper (1983) estableció que la cohesión familiar, cuando es evaluada a través de las percepciones del hijo, tiene una influencia importante en el desarrollo de la autoestima. Cuando los hijos perciben el conflicto entre los padres o entre ellos mismos y sus padres, se puede esperar una autoestima más baja. Por otra parte, los adolescentes que informan de una alta incidencia de conflicto parental o familiar probablemente mostrarán una pobre adaptación personal y de forma consistente, una baja autoestima, aún cuando el conflicto haya ocurrido varios años antes de la evaluación (Raschke y Raschke, 1979; Shek, 1997; Watkins, 1976). En este sentido, Rosenberg (1965) afirmó que el conflicto entre los padres puede incrementar en el hijo sentimientos de tristeza, malestar e infelicidad. Estos sentimientos harán que los niños y adolescentes expresen una baja autoestima y una insatisfacción vital, síntomas claros de inadaptación personal (Shek, 1997).

De acuerdo con Cummings y Cummings (1988), el conflicto entre los padres puede ser necesario y perfectamente normal; sin embargo, cuando el conflicto y los desacuerdos alcanzan grados muy elevados de ansiedad y enfado, pueden ser extremadamente negativos para el desarrollo del niño y adolescente. Dentro de esta línea de investigación, Robin y Foster (1989) realizaron un estudio del clima familiar y los estilos educativos de los padres, centrándose en el área del conflicto entre padres y sus hijos adolescentes. Evidentemente, cuando se producen los cambios en el desarrollo del adolescente, los miembros de la familia deben encontrar el camino para acomodarse a la maduración de su hijo, aspecto que será determinante para que no sobrepasen los niveles normales de conflicto. No obstante, tenemos que ser conscientes de que el grado de conflicto va a venir matizado por la percepción y la evaluación que el adolescente haga de la situación, dependiendo tanto de factores personales como situacionales. Además, en algunos casos, el conflicto entre los padres puede estar muy relacionado con conductas problemáticas de los hijos adolescentes

no por el efecto directo del conflicto sino porque de forma inevitable las discusiones, desacuerdos y hostilidad entre los padres conducen al deterioro de las relaciones con los hijos. En esta línea, Harold y Conger (1997) establecen dos medios a través de los cuales el conflicto marital afecta al desarrollo personal del adolescente: los padres que discuten y son hostiles entre ellos tienen una mayor probabilidad de expresar conductas similares hacia sus hijos y las conductas realizadas por los padres afectan a la percepción de los adolescentes, de forma que la mayoría de los hijos perciben que sus padres sienten hostilidad hacia ellos, aumentando su probabilidad de padecer ansiedad, estrés, depresión o responder a esas conductas con un patrón de interrelación similar.

Otras investigaciones se han centrado en conductas psicopatológicas que denotan una pobre adaptación personal como son los intentos de suicidio durante la adolescencia; dentro de esta línea de trabajo se encuentra la investigación realizada por Campbell, Milling, Laughlin y Brush (1993), en la que demuestran que el clima familiar de los adolescentes con intentos reiterados de suicidio se caracterizaba por unos niveles elevados de conflicto familiar y desorganización, así como por bajos niveles de cohesión familiar y expresividad entre los miembros. De forma similar, Kerfoot (1980) observó que en las familias con adolescentes depresivos o suicidas existía cierta tendencia a negar los problemas o a infravalorar su impacto en el hijo. Igualmente, Lorenz, Hoven, Andrews y Bird (1995) encontraron que el alto nivel de conflicto familiar y el desacuerdo entre los padres demostraban ser un importante predictor de desórdenes psiquiátricos durante la infancia y adolescencia. Sin embargo, contrariamente a lo argumentado por estos autores, Simons, Lin y Gordon (1998) hallaron evidencias de que las conductas agresivas y conflictivas entre los padres no se convertían en un buen predictor de conductas psicopatológicas como podría ser la agresividad. Esto puede ser debido a que, como algunos autores han considerado, las características personales o el temperamento de los hijos pueden mediar en el efecto que tienen las conductas paternas (Bates, Pettit, Dodge y Ridge, 1998; Kochanska, 1995).

Otro aspecto que determina una baja adaptación personal es la depresión. También los síntomas depresivos, en los adolescentes, se han asociado con elementos del clima familiar (Burbach y Bourdin, 1986; Stark, Humphrey, Cook y Lewis, 1990; Ostrander, Weinfurt y Nay, 1998). Entre los factores del clima familiar que se han destacado como más determinantes en la aparición de síntomas depresivos está la cohesión familiar. Dentro de este área de investigación, Ostrander, Weinfurt y Nay (1998), a través de un estudio realizado sobre preadolescentes y adolescentes, encontraron que durante la transición a la adolescencia las cogniciones negativas sobre sí mismos de los preadolescentes se convertían en un efecto directo de la falta de apoyo familiar. Además, las cogniciones erróneas junto con la inexistencia de un clima familiar de apoyo incrementaban los síntomas de depresión de los hijos durante la adolescencia.

La autonomía emocional ha sido otro aspecto de adaptación personal ampliamente estudiado, en relación con el clima social familiar (Fuhrman y Holmbeck, 1995; Hill y Holmbeck, 1986), aunque todos los autores no están de acuerdo en sus conclusiones. Fuhrman y Holmbeck (1995) argumentan que la autonomía emocional está asociada con ajustes negativos en los ambientes familiares donde existe un clima de apoyo y con ajustes positivos en los ambientes con menos apoyo. Los resultados sugieren que, en general, todas las variables del clima familiar (expresividad, cohesión, control, conflicto) y, en particular, la expresión de amor y la intensidad de los conflictos entre adolescentes y padres, son los que influyen de forma significativa en la adaptación personal y la autonomía emocional de los hijos. Los hallazgos de esta investigación indican que cuando el clima emocional o la naturaleza de las relaciones entre padres y adolescentes son positivos; es decir, cuando las expresiones de afecto son elevadas y la intensidad de los conflictos es baja, se establece una asociación entre las bajas puntuaciones de autonomía emocional y el ajuste positivo de los adolescentes. Por el contrario, cuando la naturaleza de las relaciones es negativa, se observa una asociación entre las medidas elevadas de autonomía emocional y el ajuste positivo de los adolescentes. Estos datos nos vienen a indicar que cuando no existe un clima adecuado en la familia, la autonomía emocional se puede convertir en un factor protector contra el desajuste

personal y social durante la adolescencia, tal y como pusieron de manifiesto algunas investigaciones previas (Rutter, 1990; Ryan y Lynch, 1986; Sessa y Steinberg, 1991).

Clima familiar y adaptación social

A lo largo de la historia de la Psicología ha existido un gran interés en conocer el papel que los padres juegan en el desarrollo del estatus social de sus hijos. Primero, porque existen ciertas evidencias de que los padres tienen un papel fundamental en el desarrollo de este estatus, y segundo, porque diversos autores han sugerido una clara relación entre el estatus social, la conducta social y el conocimiento de las normas sociales tanto en niños como en adolescentes (Asher y Renshaw, 1981; Putallaz, 1983; Rubin y Daniels-Beirness, 1983).

Partiendo de la evidencia de que los padres ejercen cierta influencia en la conducta social de los hijos y ésta a su vez está relacionada con el estatus social, podemos decir que los padres tienen cierta responsabilidad en el nivel de aceptación que tienen sus hijos entre sus compañeros. Si gran parte de las conductas sociales son aprendidas en el ámbito familiar, parece evidente que, si deseamos que no se produzcan en los niños y adolescentes desarrollos sociales inadecuados o rechazos dentro del grupo de iguales, resulta prioritario realizar procesos de diagnóstico e intervención dentro del ámbito familiar.

Por otra parte, algunos autores defienden que la experiencia del adolescente, dentro de la familia, es mucho más importante cuando los hijos no tienen amistades que cuando han establecido buenas relaciones con sus iguales. Igualmente, las relaciones con los iguales aumentarán en importancia cuando las vivencias dentro del ámbito familiar no sean las óptimas (Hetherington, 1989).

Gauze, Bukowski, Aguan-Assee y Sippola (1996) encontraron que las asociaciones entre las medidas en niveles de la amistad y de autopercepción de competencia social eran más altas en adolescentes de familias con baja adaptabilidad (habilidad del sistema familiar para modificar la estructura de poder, los roles y las normas) y cohesión (lazos emocionales entre los miembros del sistema familiar y grado de autonomía individual que se considera aceptable) que en sus compañeros con puntuaciones altas en ambas dimensiones. Estos autores consideraban que la amistad tenía mayor significación para los adolescentes carentes de un clima familiar adecuado ya que los amigos pueden suponer una importante fuente de apoyo, cuando ésta no se encuentra dentro del hogar.

Dentro de la amplia bibliografía dedicada al estudio de la influencia de los padres en el desarrollo social de los hijos, una de las áreas de mayor interés ha sido el estudio de la relación existente entre las características psicológicas y el funcionamiento interpersonal de los padres y las características sociales de sus hijos. Diversos trabajos han demostrado que algunas características generales de funcionamiento psicológico de los padres, tales como el nivel de adaptación personal o determinados trastornos mentales, están relacionadas con las conductas sociales de sus hijos, tales como agresión, baja autoestima, timidez o depresión (Becker, Peterson, Hellmer, Shoemaker y Quay, 1959; Campbell, Pierce, Moore, Marakovitz y Newby, 1996; Glueck y Glueck, 1950; Sameroff y Seifer, 1983).

Eron (1982), siguiendo esta línea de investigación, considera que la agresión paterna está positivamente relacionada con la agresividad de sus hijos. Para explicar la asociación entre la agresión de los padres y la experimentada por sus hijos, la teoría del modelado ha sido la más utilizada. Autores como Bandura y Walters (1959) y Eron (1982) defendían que los padres de adolescentes agresivos utilizaban más fácilmente el castigo físico y creaban con más facilidad climas familiares conflictivos que aquellos padres de adolescentes no agresivos. De esta forma, proporcionaban a sus hijos un modelo de conducta agresiva, que una vez imitado ponían en práctica con sus iguales. De forma similar, Becker et al. (1959) encontraron que los padres que descargaban sus emociones de manera descontrolada solían tener hijos que se comportaban de forma incontrolada y agresiva en el trato con sus iguales.

Además del modelado, las respuestas de los padres ante la conducta de sus hijos se ha propuesto como explicación de la relación entre éstos y el comportamiento adecuado o inadecuado de sus hijos. Los investigadores han encontrado que otras formas más sutiles de agresión paterna están igualmente relacionadas con la agresividad de sus hijos (Bandura y Walter, 1959; Eron, 1982; Lefkowitz, Eron, Walter y Huesmann, 1977). Los resultados de estos estudios indicaban que los climas familiares caracterizados por el rechazo y el conflicto, donde los padres eran altamente críticos o mostraban desaprobación e incluso rechazo hacia la conducta de sus hijos, tenían una mayor probabilidad de que éstos mostraran ciertos niveles de agresividad u hostilidad. Los autores consideraban que el rechazo de los padres causaba sentimientos de enfado y frustración que después se convierten en factores instigadores de las conductas agresivas.

Dentro de esta misma temática, otros estudios se han centrado en el análisis de la influencia del clima o la dinámica familiar en la conducta antisocial o disruptiva de los sujetos, especialmente durante la adolescencia (Dumas, 1996; Herbert, 1980; Mirón, Otero y Luengo, 1988; Simon, Lin y Gordon, 1998; Slee, 1996). La conducta problemática o antisocial incluye una variedad de comportamientos específicos tales como pelearse, delinquir, mentir, desobedecer de forma habitual y persistente o consumir sustancias tóxicas. En este sentido, Herbert (1980) identificó seis factores característicos del clima familiar del que forman parte los adolescentes o jóvenes con desórdenes de conducta persistentes: desacuerdos o disputas entre los miembros de la familia; bajo afecto; disciplina inconsistente, inefectiva, y demasiado laxa o demasiado severa; divorcio o separación de los padres; padres, especialmente el padre, con altos rangos de problemas psicológicos particularmente la utilización de agresividad excesiva y finalmente, padres que muestran un excesivo rechazo, hostilidad, o conductas críticas hacia sus hijos. También en esta investigación se encontró que los adolescentes delincuentes solían tener una pobre supervisión o control de sus conductas por parte de sus padres, aspecto que estaba muy relacionado con una alta desorganización familiar.

Herbert también sugiere que algunos desórdenes de conducta pueden arraigar porque los padres no tienen habilidades suficientes para afrontar las conductas inadecuadas de sus hijos adolescentes. Es fundamental que los padres, como principales agentes de socialización, proporcionen control hacia la conducta de sus hijos de modo que éstos aprendan a desarrollar la empatía y el control de sus impulsos; dos habilidades básicas para el desarrollo moral y la socialización de los hijos. Sin embargo, en dos estudios llevados a cabo por Simon, Lin, y Gordon (1998) y Tavecchio, Stams, Brugman y Thomeer-Bouwens (1999), se demuestra que el control paternal ejercido a través de castigos físicos, junto con el bajo apoyo y compromiso familiar se convierten en los mejores predictores de conductas agresivas y delincuencia durante la adolescencia.

Múltiples investigaciones han estudiado la interacción entre padres e hijos y su influencia en las conductas inadaptadas. La mayoría de estas investigaciones concluyen que la exposición de los hijos a un clima familiar conflictivo se relaciona de forma muy significativa con dificultades de ajuste, tanto social como personal, especialmente cuando los conflictos se producen de forma continuada entre la pareja, éstos no se resuelven y están referidos a la forma de educación y crianza de los hijos (Cummings, Davies y Simpson, 1994; Fincham, 1994; Katz y Gottman, 1993). Por otra parte, Slee (1996) comprobó que las madres de niños con desórdenes de conducta antisocial percibían su clima familiar con una baja cohesión, una pobre estimulación hacia la expresión de sentimientos, un gran número de conflictos, un excesivo control sobre la conducta de sus hijos, una baja organización familiar y un menor fomento de la independencia. De forma similar, investigaciones posteriores (Getting y Donnermeyer, 1998; Shek, 1997), consideran que la existencia de un clima familiar conflictivo y de bajo apoyo entre los miembros, se convierte en una de las principales causas que darán lugar a la realización de conductas inadecuadas como el tabaquismo y abuso de drogas en adolescentes. Por esta razón Shek (1997) defiende que el ambiente familiar juega un papel fundamental en el ajuste psicosocial de los hijos, especialmente cuando se encuentran en la adolescencia.

También se han realizado estudios en sentido inverso, es decir, comprobar los efectos positivos que tienen determinados elementos del clima social familiar en la adaptación social de los hijos adolescentes. En esta línea, uno de ellos fue el realizado por Karnes y D'Ilio (1989). Estos autores intentaron identificar los elementos del clima familiar que pueden conducir a la adquisición de conductas de liderazgo durante la adolescencia. El estudio aporta datos acerca de la diferente percepción familiar entre hijos y padres en algunas escalas (expresividad, independencia y orientación cultural). Finalmente se concluye acerca de la importancia de desarrollar actividades que favorezcan la expresividad, la independencia y una cierta orientación cultural, ya que estos elementos demuestran cierta influencia para el desarrollo de conductas de liderazgo durante la adolescencia. En otro estudio, Kleinman, Handal, Enos, Searight y Ross (1989) analizaron los diferentes elementos de la escala FES en relación a la variable de adaptación social, y hallaron que las familias con alta cohesión y expresividad así como una valoración de actividades recreativas y que presentan un conflicto bajo conducen a una mejor adaptación social de sus hijos adolescentes.

En general, la totalidad de investigaciones realizadas sobre el tema muestran que los sistemas familiares estables y con un clima familiar afectivo proporcionan a sus miembros seguridad y afecto; elementos indispensables para un buen funcionamiento psicológico, tanto personal como social. Así pues, la ayuda mutua, el acercamiento, los vínculos afectivos, la expresión clara de emociones y el cariño son atributos claves de las relaciones familiares que los distinguen de otros marcos sociales más superficiales (Wish, Deutsch y Kaplan, 1976). La evitación, el abandono, el conflicto, la falta de control o el control excesivo son la antítesis del buen funcionamiento familiar y suponen las mayores amenazas para el mantenimiento de las relaciones familiares y para el adecuado desarrollo integral de los hijos.

Temiendo en cuenta que son pocos los estudios llevados a cabo, con población española, sobre el tema y que algunas dimensiones del clima social familiar no han sido lo suficientemente estudiadas, entre las que estarían las de expresividad, autonomía, organización familiar, entre otras, el propósito de este estudio fue analizar en qué medida diez dimensiones del clima familiar pueden influir en la adaptación tanto personal como social de los adolescentes.

METODOLOGÍA

Muestra

En el estudio participaron 201 adolescentes, 108 niños y 93 niñas, con edades comprendidas entre 12 y 17 años, todos ellos pertenecientes a un centro urbano y un centro rural de educación primaria y secundaria de la provincia de Granada. Las familias de los adolescentes tenían un nivel socioeconómico medio y en todos los casos los jóvenes vivían en casa con sus padres, no existiendo diferencias respecto del nivel sociocultural o económico.

VARIABLES e INSTRUMENTOS

En el estudio consideramos 10 variables de clima social familiar y 5 variables de adaptación en los adolescentes.

El clima social familiar hace referencia a las características socioambientales de la familia en las que se incluyen su estructura básica, organización y relaciones interpersonales entre los miembros. Como instrumento de medida utilizamos la *Family Environment Scale* (Escala de Clima Social Familiar) de Moos, Moos y Trickett adaptada por Ballesteros y Sierra (1989). La prueba tiene como finalidad analizar la percepción actual de los miembros de la familia respecto del ambiente familiar. En el presente trabajo únicamente se le aplicó a los adolescentes, ya que nuestro interés fue analizar su percepción sobre el clima social de su familia. Consta de 90 ítems, agrupados

en 10 subescalas que definen tres dimensiones fundamentales: Relaciones, Desarrollo y Estabilidad. Presenta un formato de respuesta verdadero-falso acerca de la percepción que el sujeto tiene del ambiente familiar, todas ellas puntuables de 0 a 9 puntos. La descripción y el grado de fiabilidad de dichas escalas es la siguiente:

a) Dimensión Relaciones: Cohesión (CO), grado en que los componentes de la familia se ayudan y apoyan mutuamente (fiabilidad=.78); Expresividad (EX), grado en que se permite a los miembros de la familia expresar libre y directamente sus sentimientos (fiabilidad=.69); Conflicto (CT), grado en que se expresan las situaciones de cólera, agresividad, y conflicto entre los miembros de la familia (fiabilidad= .75).

b) Dimensión Desarrollo: Autonomía (AU), grado en que los miembros de la familia toman sus propias decisiones (fiabilidad =.61); Actuación (AC), grado de competitividad y necesidad de triunfo en las actividades que los miembros de la familia desarrollan (fiabilidad =.64); Intelectual-Cultural (IC), grado de interés por las actividades culturales (fiabilidad =.78); Social-Recreativo (SR), grado de participación en las actividades de tipo social y recreativo; (fiabilidad =.67) Moral-Religiosidad (MR), importancia que se concede a los aspectos éticos y religiosos (fiabilidad =.78).

c) Dimensión Estabilidad: Organización (OR), valor que se concede a la organización y estructuración de las actividades (fiabilidad =.76); Control (CN), grado en que la vida familiar se ajusta a normas preestablecidas, tanto impuestas como consensuadas (fiabilidad =.67).

La adaptación personal de los sujetos está relacionada tanto con el ajuste que las personas tienen consigo mismas como con la facilidad personal para aceptar la realidad tal como es. Por consiguiente, implica, por un lado, un autoajuste del sujeto, que se manifiesta a través de una valoración positiva, ausencia de miedo, de ansiedad, depresión, estrés, culpabilidad, etc.; y por otro, una adaptación a la realidad. En síntesis, la adaptación personal se caracteriza por actitudes favorables hacia la propia persona y su contexto. La adaptación social, por su parte, se refiere a la capacidad de los sujetos para establecer adecuadas relaciones interpersonales de acuerdo con las normas y expectativas del contexto social en el que se desenvuelven (Trianes, De la Morena y Muñoz, 1999). Para la evaluación de la adaptación se utilizó el *Cuestionario de Adaptación para Adolescentes de Bell (1973)*, el cual consta de 140 ítems donde el sujeto debe elegir entre dos alternativas de respuesta (sí y no). Los sujetos con mayores niveles de adaptación serían aquellos con puntuaciones más bajas en el cuestionario. Además de una puntuación global de adaptación, permite la obtención de cuatro medidas distintas de adaptación personal y social: adaptación familiar; adaptación a la salud; adaptación social y adaptación emocional.. Estas variables se describen de la forma siguiente:

a) Adaptación emocional: relacionada fundamentalmente con el grado de estabilidad emocional del sujeto.

b) Adaptación familiar: referida especialmente al grado de armonía y satisfacción con respecto a los miembros del grupo.

c) Adaptación a la salud: hace referencia a la percepción de la propia salud en los últimos años.

d) Adaptación social: grado en que el sujeto realiza comportamientos que se pueden considerar habilidosos o adecuados ante situaciones de interacción social.

e) Adaptación total: adaptación personal y social del sujeto, obtenida mediante la suma de las dimensiones anteriores.

La consistencias internas de cada una de las subescalas, obtenidas a través de la fórmula de Spearman-Brown fueron las siguientes: adaptación familiar .89; adaptación a la salud .80; adaptación social .89; adaptación emocional .85 y adaptación total .93.

Procedimiento

Seleccionada la muestra de sujetos en función de la edad, se llevó a cabo, posteriormente, la aplicación de los diferentes instrumentos de medida en dos sesiones de una hora de duración

durante un plazo aproximado de 10 días. Recogidos los datos, se realizó el análisis de los mismos a través del paquete estadístico SPSS-8.0. Teniendo en cuenta que nuestro interés era conocer en qué medida el clima familiar percibido por los adolescentes podía tener cierta incidencia sobre la adaptación de los jóvenes, tomamos como referencia las puntuaciones del grupo normativo en cada una de las subescalas de clima social familiar y asignamos a los sujetos de nuestro estudio a los grupos alto y bajo en función de las puntuaciones obtenidas en dichas subescalas.

RESULTADOS

Realizado el análisis estadístico para comprobar la existencia de diferencias en adaptación entre los sujetos que obtienen una puntuación alta y aquellos con baja puntuación en cada una de las subescalas de clima social familiar, observamos que no existen diferencias significativas en adaptación, tanto personal como social, entre los sujetos con los altos y bajos niveles en Autonomía, Actuación y Participación en actividades sociales/recreativas.

Tabla 1. Puntuación media y desviación típica de los grupos alto y bajo en cada una de las dimensiones de clima social familiar.

	Gr.	N	Emocional		Familiar		Salud		Social		General	
			Med.	D.T	Med.	D.T	Med.	D.T	Med.	D.T	Med.	D.T
Cohesión	Alto	142	16.25	6.57	11.65	5.19	9.21	4.68	12.42	4.81	49.54	15.70
	Bajo	59	19.56	6.31	17.98	6.30	11.64	5.29	13.49	4.74	62.63	15.04
Expresiv.	Alto	125	16.58	6.65	12.35	5.86	8.99	4.52	11.84	4.67	49.78	15.68
	Bajo	76	18.29	6.57	15.41	6.40	11.46	5.30	14.20	4.68	59.32	16.42
Conflicto	Alto	102	19.05	6.33	15.84	6.33	11.36	5.42	13.23	4.78	59.47	16.07
	Bajo	99	15.34	6.48	11.10	6.48	8.44	3.96	12.22	4.79	47.11	14.69
Autonom.	Alto	118	16.99	6.77	12.91	6.11	9.92	5.21	12.66	4.88	52.42	16.56
	Bajo	83	17.55	6.52	14.36	6.34	9.93	4.62	12.83	4.72	54.76	16.61
Actuación	Alto	118	17.49	6.57	13.89	5.96	10.09	5.39	12.93	4.95	54.30	16.98
	Bajo	83	16.84	6.80	12.96	6.60	9.69	4.31	12.45	4.60	52.08	16.01
Intel/Cult.	Alto	107	16.24	6.41	11.78	5.66	9.66	5.20	12.39	4.74	50.09	16.30
	Bajo	94	18.34	6.79	15.48	6.30	10.22	4.69	13.12	4.86	57.13	16.19
Social/Recr	Alto	123	17.34	6.78	13.30	6.27	9.87	5.01	12.42	5.09	52.99	16.51
	Bajo	78	17.04	6.49	13.83	6.20	10.01	4.91	13.22	4.29	54.00	16.78
Moral/Rel.	Alto	107	16.42	6.63	12.08	6.29	9.65	4.88	12.76	4.57	51.00	16.59
	Bajo	94	18.14	6.60	15.13	5.79	10.23	5.06	12.70	5.07	56.10	16.24
Organiz	Alto	143	16.31	6.54	12.46	6.01	9.39	4.92	12.26	4.74	50.41	16.29
	Bajo	58	19.48	6.45	16.09	6.05	11.24	4.86	13.90	4.79	60.71	15.06
Control	Alto	152	17.45	6.62	14.03	6.56	10.13	5.09	12.87	4.55	54.47	16.47
	Bajo	49	16.53	6.79	11.90	4.81	9.29	4.52	12.31	5.54	50.02	16.65

Tabla II. Diferencia de medias entre el grupo alto y bajo en cada una de las dimensiones del clima social familiar.

	Emocional		Familiar		Salud		Social		Total	
	t	p	t	p	t	p	t	p	t	P
Cohesión	3.28**	.001	6.82**	.001	3.23**	.001	1.45	.148	5.44**	.001
Expresividad	1.78	.076	3.46**	.001	3.51**	.001	3.46**	.001	4.10**	.001
Conflicto	4.09**	.001	5.84**	.001	4.35**	.001	1.48**	.001	5.68**	.001
Autonomía	.589	.556	1.63	.103	.006	.996	.247	.805	.987	.325
Actuación	.679	.498	1.03	.301	.571	.569	.706	.481	.931	.353
Intel/Cultural	2.25*	.025	4.39**	.001	.797	.426	1.06	.287	3.06**	.002
Soc/Recreat.	.314	.754	.589	.556	.198	.843	1.14	.253	.419	.676
Moral	1.83	.068	3.55**	.001	.826	.410	.081	.936	2.19*	.029
Organización	3.13**	.002	3.86**	.001	2.42*	.016	2.21*	.028	4.14**	.001
Control	.838	.403	2.45*	.016	1.03	.301	.712	.477	1.63	.103

($p < .05^*$; $p < .01^{**}$)

Respecto de la variable de Control, únicamente se establecen diferencias significativas en adaptación familiar. Teniendo en cuenta que a menor puntuación obtenida en la escala corresponde una mayor adaptación, los resultados nos muestran que los adolescentes que perciben en su hogar un mayor control sobre sus comportamientos tienen una menor adaptación familiar que aquellos que tienen una baja percepción de control familiar ($t=2.45$, $p < .016$).

También, los adolescentes que consideran que su familia participa en actividades intelectuales o culturales tienen un nivel significativamente más alto en adaptación emocional ($t=2.25$, $p < .025$), adaptación familiar ($t=4.39$, $p < .001$) y la adaptación general ($t=3.06$, $p < .002$) que aquellos otros adolescentes que tienen una baja percepción en esta misma dimensión de clima social familiar.

Por otra parte, los sujetos que obtienen altas puntuaciones en la dimensión del clima social familiar Moral/Religiosidad, tienen igualmente más altos niveles de adaptación familiar ($t=3.55$, $p < .001$) y adaptación general ($t=2.19$, $p < .029$) que sus iguales con bajas puntuaciones en esta dimensión.

Los adolescentes que perciben niveles elevados de cohesión familiar, es decir consideran que existe cierta ayuda y apoyo entre los miembros de la familia, obtienen puntuaciones significativamente más elevadas en adaptación emocional ($t=3.28$, $p < .001$), adaptación familiar ($t=6.82$, $p < .001$), percepción de buena salud ($t=3.23$, $p < .001$) y adaptación general ($t=5.44$, $p < .001$), que sus compañeros que perciben su hogar con una baja cohesión. Sin embargo esta dimensión familiar no tiene incidencia significativa sobre la adaptación social de los adolescentes ($t=1.45$, $p < .148$).

La expresividad es otra de las dimensiones del clima familiar que marca diferencias significativas entre los adolescentes, de forma que los hijos de familias con niveles elevados en expresividad obtienen puntuaciones más altas que los adolescentes de familias con bajos niveles de expresividad en adaptación familiar ($t=3.46$, $p < .001$), percepción de salud ($t=3.51$, $p < .001$), adaptación social ($t=3.46$, $p < .001$) y adaptación general ($t=4.10$, $p < .001$). Algo parecido sucede con respecto al conflicto familiar, sólo que en este caso existen diferencias significativas en todas y cada una de las dimensiones de adaptación consideradas y en todos los casos su grado de significación es el mismo ($p < .001$). Los adolescentes que perciben un clima familiar bajo en conflicto tienen una mejor adaptación general, emocional, familiar, social y salud percibida que aquellos que tienen una alta percepción de conflicto entre los miembros de la familia.

Existen igualmente diferencias significativas entre los adolescentes con altos y bajos niveles en organización familiar. Los jóvenes con una percepción elevada en organización familiar obtienen mayores niveles de adaptación emocional ($t=3.13$, $p < .002$), adaptación familiar ($t=3.86$, $p < .001$),

salud percibida ($t=2.42$, $p<.016$), adaptación social ($t=2.21$, $p<.028$) y adaptación general ($t=4.14$, $p<.001$), que aquellos otros que tienen una percepción familiar baja en organización

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Tras el análisis de los datos comprobamos que muchos factores del clima social familiar tienen una incidencia decisiva sobre la adaptación personal y social de los adolescentes, tal y como se había contrastado en múltiples investigaciones previas (Conger, Conger, Elder, Lorenz, Simons y Whitbeck, 1992; Conger, Ge, Elder, Lorenz y Simon, 1994; Harold y Conger, 1997; Kleinman, Nadal, Enos, Searight y Ross, 1989; Ostrander, Weinfurt y Nay, 1998; Raschke y Raschke, 1979; Rosenberg, 1965; Shek, 1997; Watkins, 1976).

En este sentido, los adolescentes que perciben cohesión en su ambiente familiar tienen mayores niveles de adaptación familiar que sus iguales con baja cohesión familiar. Esto indica, claramente, que los primeros se sienten mejor dentro de su familia al encontrarse apoyados en sus decisiones o ayudados cuando se les presenta algún problema. También estos adolescentes que pertenecen a familias con alta cohesión tienen niveles elevados de estabilidad personal o adaptación emocional y salud percibida tanto física como psíquica, claramente en consonancia con los resultados de Ostrander, Weinfurt y Nay (1998); aunque en este caso, la salud se circunscribía al ámbito psicológico. Finalmente, estos chicos tienen un nivel más elevado de adaptación total que sus compañeros que viven dentro de hogares poco cohesivos. Estos datos se ven confirmados en algunas investigaciones donde se ha comprobado que el apoyo y ayuda de la familia a los hijos, especialmente cuando pasan por una etapa tan especial como es la adolescencia, favorece que éstos afronten mejor los problemas de la vida cotidiana, facilitando de esta forma una adecuada adaptación personal ya que los factores estresantes no inciden de forma directa sobre ellos (Campbell, Milling, Laughlin y Brush, 1993; Conger, Conger, Elder, Lorenz, Simons y Whitbeck, 1992; Conger, Ge, Elder, Lorenz y Simon, 1994; Harold y Conger, 1997; Ostrander, Weinfurt y Nay, 1998). La familia se convierte, de este modo, en un evidente factor de protección. No obstante, contrariamente a los hallazgos de numerosas investigaciones (Getting y Donnermeyer, 1998; Gauze et al., 1996; Kleinman et al., 1989; Simon et al., 1998; Shek, 1997; Slee, 1996) se comprueba, tras el análisis de los datos, que no existe una influencia significativa de la cohesión familiar en la adaptación social de los jóvenes aunque este hecho se podría explicar por el proceso de desvinculación de los padres y del hogar familiar, propio de la adolescencia y la influencia que el grupo de iguales ejerce en la adaptación social del adolescente (Youniss y Smollar, 1985).

No obstante, se observa que los sujetos con una elevada adaptación social perciben a su familia con altos niveles en expresividad, de forma similar a como ocurre en la investigación llevada a cabo por Kames y D'Illio (1989), donde los sujetos con mayor competencia social, incluso con altos niveles de liderazgo eran aquellos que pertenecían a familias donde se expresaban abiertamente los deseos, sentimientos y necesidades. Estas características familiares favorecen indudablemente las habilidades sociales de los hijos ya que éstos van a aprender habilidades necesarias para adaptarse a la sociedad en la que viven de una forma más eficaz. También se comprueba la existencia de diferencias significativas en la adaptación social de los adolescentes entre los grupos alto y bajo en organización familiar y conflicto. De forma que los chicos mejor adaptados socialmente son aquellos que viven en hogares donde las actividades cotidianas se planifican y organizan, donde cada uno de los miembros de la familia conoce su función dentro de la misma y además no existen grados elevados de conflicto entre ellos. Estos resultados están en consonancia con los hallados por Herbert (1980), aunque para este último el control inconsistente o laxo también es determinante de la inadaptación social. Sin embargo, en nuestro caso no se hallaron diferencias significativas entre los chicos con alto y bajo control familiar en la adaptación social de los mismos. No obstante, los resultados indican que un nivel de control bajo

por parte de los padres, favorece que los adolescentes obtengan altos niveles de adaptación familiar ya que pueden desarrollar su independencia y autonomía, tan necesarias durante esta edad. Al mismo tiempo, los adolescentes con altos niveles de adaptación familiar, perciben su hogar con altos niveles de cohesión, consideran que existe apoyo y ayuda entre los miembros de la familia, pueden expresar abiertamente sus sentimientos y deseos, participan activa y conjuntamente en actividades de tipo intelectual o cultural -asisten a proyecciones de cine, teatro, conciertos, etc.-. De forma similar, afirman que los miembros de la familia se preocupan por asuntos de tipo moral y religioso y, finalmente, que en el hogar se planifican y organizan las actividades para que cada uno conozca claramente sus deberes y responsabilidades, fomentando de esta forma una adecuada organización familiar. Igualmente, estos jóvenes asumen que en su ámbito familiar no se expresan abiertamente los conflictos.

Por otra parte, según la presente investigación, el conflicto entre los miembros de la familia es, junto con la organización, la dimensión del clima social familiar que más incidencia tiene sobre la adaptación general y, por lo tanto, personal y social de los adolescentes. Estos datos confirman que los chicos que perciben su ambiente familiar con altos niveles de conflicto tienen una peor adaptación emocional que sus compañeros que perciben un nivel bajo de conflicto familiar. Los resultados están en clara consonancia con diversas investigaciones realizadas sobre el tema donde se concluye que las familias con altos niveles de conflicto tanto entre los padres como entre padres e hijos, pueden dar lugar a problemas de inadaptación en los adolescentes que se pueden manifestar a través de tristeza, infelicidad, baja autoestima, insatisfacción vital general (Raschke y Raschke, 1979; Rosenberg, 1965; Shek, 1997; Watkins, 1976); e incluso, puede llevar a conductas patológicas como intentos de suicidio (Campbell et al., 1993), depresión (Ostrander, Weinfurt y Nay, 1998) o desórdenes psiquiátricos (Lorenz et al., 1995). También, según nuestros datos, los adolescentes que perciben niveles elevados de conflicto en su hogar tienen peor adaptación familiar, social y salud percibida que sus compañeros que viven en familias donde el nivel de conflicto es bajo.

Por otro lado, la organización familiar, es decir, el grado de planificación y el establecimiento de funciones y normas dentro de la familia, incide decisivamente en la adaptación de los hijos, de forma que aquellos que viven en familias con alta organización, tienen mayores niveles de adaptación general, emocional, familiar, social y una mejor salud percibida que los adolescentes que perciben su familia con bajos niveles de organización. Estos datos indican que la organización familiar junto con el conflicto es una de las variables del clima social familiar que más incidencia tiene sobre la adaptación personal y social de los adolescentes. Por el contrario el grado de autonomía del que gozan los miembros de la familia, la realización de actividades de tipo competitivo dentro del ámbito familiar o la participación en actividades de tipo social o recreativo, no tienen incidencia alguna sobre la adaptación de los hijos, tal y como indica la inexistencia de diferencias significativas en estas tres dimensiones del clima familiar.

Como conclusión de nuestro estudio, podemos decir que los adolescentes cuyo clima familiar es percibido como elevado en cohesión, expresividad, organización, participación en actividades intelectuales y culturales e importancia atribuida a las prácticas y valores de tipo ético o religioso, así como niveles bajos en conflicto, evidencian una mayor adaptación general que sus iguales cuyas percepciones sobre la familia van en la línea inversa. Estos datos se encuentran en total consonancia con las dimensiones familiares necesarias para una buena adaptación, establecidas por Musitu, Román y García (1988, 1996), donde se mencionan como factores necesarios: una alta organización familiar, con límites claros para cada una de sus miembros, una elevada cohesión entre los mismos, una alta expresión y comunicación, y finalmente, una transmisión de valores sociales y estándares éticos por parte de los padres.

Por tanto, si queremos fomentar la adaptación de los jóvenes debemos intervenir sobre la familia para favorecer la existencia de climas familiares donde exista un alto grado de apoyo y ayuda entre los miembros, donde cada uno pueda expresar sus sentimientos y deseos abiertamente,

escuchando y respetando los de los demás, donde se participe en actividades de tipo intelectual-cultural, favoreciendo la autonomía e independencia de los hijos, pero donde exista un cierto grado de organización, planificación y asignación de roles dentro de la familia. De esta forma, conseguiremos que los adolescentes se sientan bien consigo mismos, tengan una elevada autoestima y estabilidad emocional y al mismo tiempo, sean capaces de integrarse de forma adecuada dentro de esta sociedad tan compleja y cambiante en la que vivimos. En una sociedad democrática, como es la nuestra, donde cada persona debe comportarse responsablemente, los procedimientos educativos a emplear deben basarse en principios democráticos. Por ello, para futuras investigaciones sería necesario conocer las pautas educativas que emplean los padres en la educación de sus hijos, así como la incidencia de las mismas en su comportamiento.

Queda claro, en nuestra investigación, el importante papel que juega la familia en la adaptación social y personal de los hijos. Por ello, insistimos en la necesidad del entrenamiento y formación de padres si queremos que éstos puedan ejercer de forma eficaz la gran responsabilidad que tienen en la educación de sus hijos. Es un gran reto que el sistema educativo actual tiene planteado y no debe escatimar esfuerzos en darle solución, pues resulta evidente que los constantes y rápidos cambios de nuestra sociedad ejercen una gran influencia en las relaciones familiares entre padres e hijos.

No obstante, debemos señalar que, según nuestro estudio, las variables de clima social familiar que más incidencia tienen en la adaptación social y personal de los adolescentes son el conflicto y la organización familiar ya que éstas inciden significativamente en las cinco variables de adaptación estudiadas. Consideramos que sería interesante analizar, en futuras investigaciones, de forma más pormenorizada qué aspectos concretos, especialmente del conflicto y la organización, son los que inciden en mayor medida en la adaptación de los jóvenes, con la finalidad de prestarles una atención especial dentro de programas de entrenamiento u orientación familiar.

REFERENCIAS

- Anderson, M. y Hughes, H.M. (1989). Parenting attitudes and the self-esteem of young children. *Journal of Genetic Psychology*, 150, 463-465.
- Asher, S.R y Renshaw, J.V. (1981). Children without friends: Social Knowledge and social skills training. In S.R. Asher y J.M. Gottman (eds.), *The development of children's friendships*, pp.273-296. New York: Cambridge University Press.
- Bandura, A. y Walters, R.H. (1959). *Adolescent aggression*. New York: Ronald.
- Bates, J.E., Pettit, G.S., Dodge, K.A. y Ridge, B. (1998). Interaction of Temperamental Resistance to Control and Restrictive Parenting in the Development of Externalizing Behavior. *Child Development*, 34, 982-995.
- Becker, W.C., Peterson, D.R., Hellmer, L.A., Shoemaker, D.J. y Quay, H.C. (1959). Factors in parental behavior and personality as related to problem behavior in children. *Journal of Consulting Psychology*, 23, 107-118.
- Bell, H.M. (1973). *Cuestionario de adaptación para adolescentes*. Barcelona: Herder.
- Burbach, D.J. y Bourdin, C.M. (1986). Parent-child relations and the etiology of depression: A review of methods and findings. *Clinical Psychology Review*, 6, 113-153.
- Campbell, N.B., Milling, L., Laughlin, A. y Bush, E. (1993). The psychological climate of families with suicidal pre-adolescent children. *American Journal of Orthopsychiatry*, 63, 142-145.
- Campbell, N.B., Pierce, E.W., Moore, G., Marakovitz, S. y Newby, K. (1996). Boys's externalizing problems, maternal control, and family stress. *Development and Psychopathology*, 8, 701-719.
- Clifford, T. y Clark, R. (1995). Family climate, family structure and self-esteem in college females: The physical vs psychological wholeness divorce debate revisited. *Journal of Divorce and Remarriage*. 23, 97-112.

- Conger, R.D., Conger, K.J., Elder, G.H., Lorenz, F.O., Simons, R.L. y Whitbeck, L.B. (1992). A family process model of economic hardship and adjustment of early adolescent boys. *Child Development*, 63, 526-541.
- Conger, R.D., Ge, X., Elder, G.H., Lorenz, F.O. y Simon, R.L. (1994). Economic stress, coercive family process, and developmental problems of adolescents. *Child Development*, 65, 541-561.
- Cooper, J.E. (1983). Self-esteem and family cohesión: The child's perspective and adjustment. *Journal of Married and the Family*, 2, 153-158
- Cummings, E.M. y Cummings, J.L. (1988). A process oriented approach to children's coping with adult's angry behavior. *Developmental Review*, 8, 296-321.
- Cummings, E.M., Davies, P.T. y Simpson, K.S. (1994). Marital conflict, gender, and children's appraisals and coping efficacy as mediators of child adjustment. *Journal of Family Psychology*, 8, 141-149.
- Dumas, J.E. (1996). Why was this child referred? Interactional correlates of referral status in families of children with disruptive behavior problems. *Journal of Clinical Child Psychology*, 25, 106-115.
- Eron, L.D. (1982). Parent-child interaction, television, violence, aggression of children. *American Psychologist*, 37, 197-241.
- Fincham, F.D. (1994). Understanding the association between marital conflict and child adjustment. *Journal of Family Psychology*, 8, 123-127.
- Fromm, E., Horkheimer, M. y Parsons, T. (1978). *La familia*. Barcelona: Ediciones Península.
- Furhman, T. y Holmbeck, G.N. (1995). A Contextual-Moderator Analysis of Emotional Autonomy and Adjustment in Adolescence. *Child Development*, 66, 793-811.
- Gauze, G., Bukowski, W.M., Aquan-Assee, J., Sippola, L.K. (1996). Interactions between Family Environment and Friendship and appreciations with Self-Perceived Well-Being during Early Adolescence. *Child Development*, 67, 2201-2216.
- Getting, E.R. y Donnermeyer, J.F. (1998). Primary Socialization Theory, The etiology of drug use and desviance. *Substance Use y Misuse*, 38, 995-1026.
- Glueck, S. y Glueck, E. (1950). *Unraveling juvenile delinquency*. Cambridge: Harvard University Press.
- Harold, G.T., y Conger, R.D. (1997). Marital Conflict and Adolescent Distress: The Role of Adolescent Awareness. *Child Development*, 68, 333-350.
- Herbert, M. (1980). Socialization for problem resistance. In P. Feldman y J. Oxford (Eds.). *Psychological problems. The social context* (pp. 39-72). New York: John Wiley y Sons.
- Hetherington, E.M (1989). Coping with family transitions: Winners. Losers, and survivors. *Child Development*, 60, 1-14.
- Hill, J.P. y Holmbeck, G.N. (1986). Attachment and autonomy in adolescence. En G.J. Whitehurst (Ed.), *Annals of child development* (pp. 145-189). Greenwich, CT. JAI Press.
- Karnes, F.A. y D'Illio, V.R. (1989). Student Leader's and their parents' perceptions of the home environment. *Gifted Child Quaterly*, 33 (4), 165-168.
- Katz, L.F. y Gottman, J.M. (1993). Patterns of marital conflict predict children's internalizing and externalizing behaviors. *Developmental Psychology*, 29, 940-950.
- Kerfoot, M. (1980). The family context of adolescent suicidal behavior. *Journal of adolescence*, 3, 335-346.
- Killen, M.R. (1993). Parent influences on children's self-esteem in economically disadvantaged families. Special Issue: Socially vulnerable populations. *Issues in Mental Health Nursing*, 14, 323-336.
- Klein, H.A., O'Bryant, K., y Hopkins, H.R. (1996). Recalled parental authority style and self-perception in college men and women. *Journal of Genetic Psychology*, 151, 5-17.
- Kleinman, S.L., Handal, P.J., Enos, D., Searight, H.R. y Ross, M.J. (1989). Relationship between perceived family climate and adolescent adjustment. *Journal of Clinical Psychology*. 18 (4). 351-359.

- Kochanska, G. (1995). Children's temperament in the development of guilt and conscience. *Child Development*, 62, 1379-1392.
- Lefkowitz, M., Eron, L., Walter, L. y Huesmann, L. (1977). *Growing up to be violent: A longitudinal study of the development of aggression*, New York: Pergamon Press.
- Leung, J.P. y Leung, K. (1992). Life satisfaction, self-concept and relationship with parents in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 21, 653-665.
- Lorenz, G., Hoven, C., Andrews, H.F. y Bird, H. (1995). Marital discord and psychiatric disorder in children and adolescents. *Journal of Child and Family Studies*, 4, 341-358.
- Mirón, L., Otero, J.M. y Luengo, A. (1988). Un estudio de la influencia de las interacciones familiares sobre los distintos tipos de conducta desviada de los adolescentes varones. *Análisis y Modificación de Conducta*, 14, 5-23.
- Moos, R.H., Moos, B.S. y Trickett, E.J. (1989). *Escalas de clima social*. Madrid: TEA.
- Musgrove, P.W. (1983). *Sociología de la educación*. Barcelona: Herder.
- Musitu, G., Roman, J.M y Gracia, E. (1988) *Familia y Educación. Prácticas educativas de los padres y socialización de los hijos*. Labor Universitaria: Barcelona.
- Musitu, G. Roman, J.M. y Gutiérrez, M. (1996). *Educación familiar y socialización de los hijos*. Barcelona: Idea Book.
- Ojha, H., y Pramanick, M. (1995). Parental behaviour as related to some personality traits of adolescents. *Psychologia An International Journal of Psychology in the Orient*, 38, 31-37.
- Oliver, J.M. y Paull, J.C. (1995). Self-esteem and self-efficacy; perceived parenting and family climate; and depression in university students. *Journal of Clinical Psychology*, 51, 467-481.
- Ostrander, R., Weinfurt, K.P. y Nay, W.R. (1998). The Role of Age, Family Support, and Negative Cognitions in the Prediction of Depressive Symptoms. *School Psychology Review*, 27, 121-137.
- Putallaz, M. (1983). Predicting children's sociometric status from their behavior. *Child Development*, 54, 1417-1426.
- Raschke, H.J. y Raschke, V.J. (1979). Family conflict and children's self concepts: A comparison of intact and single-parent families. *Journal of Marriage and the Family*, 41, 367-374.
- Robin, A.L. y Foster, S.L. (1989). Problem-solving communication training. A behavioral family systems approach to parent-adolescent conflict. En P. Karoly y J.J. Steffen (Eds.). *Adolescent behavior disorder: Foundations and contemporary concerns* (pp. 195-240). Lexington, Mass: D.C. Heath.
- Rosenberg, M. (1965). *Society and the Adolescent Self-Image*. Princenton, N.J: Princenton University Press.
- Rubin, K.H. y Daniels-Beirness, T. (1983). Concurrent and predictive correlates of sociometric status in Kindergarten and grade I children. *Merrill-Palmer Quarterly*, 29, 337-351.
- Rutter, M. (1990). Psychosocial resilience and protective mechanisms. En J. Rolf, A.S. Masten, D. Cicchetti, K.H. Nuechterlein y S. Weintraub (Eds.). *Risk and protective factors in the development of psychopathology* (pp. 181-214). Nueva York: Cambridge University Press.
- Ryan, R.M. y Lynch, J.H. (1986). Emotional autonomy versus detachment: Revisiting the vicissitudes of adolescence and young adulthood. *Child Development*, 60, 340-356.
- Sameroff, A. y Seifer, R. (1983). Familial risk and child competence. *Child Development*, 54, 1254-1268.
- Sessa, F.M. y Steinberg, L. (1991). Family structure and the development of autonomy during adolescence. *Journal of Early Adolescence*, 11, 38-55.
- Shek, D.T.L. (1997). Family environment and adolescent psychological well-being school adjustment, and problem behavior: A pioneer study in a Chinese context. *Journal of Genetic Psychology*, 158, 113-128.
- Simon, R.L., Lin, K.H. y Gordon, L.C. (1998). Socialization in the family of origin and male dating violences. A prospective Study. *Journal of Marriage and the Family*, 60, 467-478.
- Slee, P.T. (1996). Family climate and behavior in families with conduct disordered children. *Child*

- Psychiatry and Human Development*, 26, 255-265.
- Stark, K., Humphrey, L., Cook, K. y Lewis, K. (1990). Perceived family environments of depressed and anxious children. Child and maternal figures's perspectives. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 18, 527-547.
- Suárez, T. y Rojero, C.F. (1983). *Paradigma sistémico y terapia de familia*. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- Tavecchio, L.W.C., Stams, G.J.M., Brugman, D. y Thomeer-Bouwens, M.A.E (1999). Moral Judgement and delinquency in homeless youth. *Moral judgement and delinquency in homeless youth*, 28 (1), 63-79.
- Trianes, M.V, De la Morena, M.L. y Muñoz, A. (1999). *Relaciones sociales y prevención de la inadaptación social y escolar*. Málaga: Aljibe.
- Vílchez, L.F. (1985). *Conflictos matrimoniales y comunicación*. Madrid: Narcea.
- Watkins, D. (1976). The antecedents of self-esteem in Australian University students. *Australian Psychologist*, 2, 169-172.
- Wish, M., Deutsch, M. y Kaplan, S.J. (1976). Perceived dimensions of interpersonal relation. *Journal of Personal and Social Psychology*, 33, 409-420.
- Youniss, y Smollar, J. (1985). *Adolescent relations with mothers, fathers, and friends*. Chicago: University of Chicago Press.